

# SEPTIEMBRE Y UN SILENCIO DE GUERRA

**Carmen Carreras**

La campana tocaba ya el fin del primer día lectivo en la Escuela de Educación Primaria de Tulsa. Dos manzanas más allá, un hombre en uniforme de trabajo corría a toda prisa hacia el edificio. “Esta aquí para ayudarle: Terence Crutcher”, rezaba en su tarjeta de identificación de empleado.

- Otra vez tarde... -Susurro, jadeando, mientras buscaba a su hija con la mirada entre la multitud de padres y niños que se arremolinaba en la entrada del edificio.

- ¡Papa! -Exclamó a lo lejos una niña de cabello trenzado, que esperaba sentada en un banco.

- ¡Hola, mi chica! -Recibió a la pequeña en sus brazos, mientras recuperaba el aliento-. ¿Qué tal tu primer día? ¿Has hecho amigos?

- Sí -contesto ella, entusiasmada-, Claire y Lisa han jugado conmigo en el recreo. ¿Sabes que las lagartijas pueden soltar su cola? Me lo ha contado Claire. Y que la cola se mueve sola, aunque se la haya quitado, ¿a que es raro?

El padre sonrió.

- Que interesante -dijo mientras tomaba la mano de la niña. Comenzaron a caminar de vuelta a casa-. ¿Y tu nuevo profesor? ¿Es agradable?

- ¡Es muy gracioso! El señor Anderson es un chiflado de las mates -rió; iba balanceando su brazo, entrelazado con el de su padre, hacia delante y detrás-. Nos ha dicho que tenemos que llevarnos todos bien, seamos niños o niñas, de Oklahoma o de la China. ¿Sabes que Li y Hui son chinos? Seguro que lo ha dicho por eso. Y nos ha hablado de los Izquierdos Humanos, pero no me acuerdo bien... Ah, y de una mujer que iba en un autobús y se sentó, y...

- Creo que te refieres a los Derechos Humanos -intervino Terence, conteniendo la risa ante la verborrea de su hija.

- Ah, eso. ¡Sí! Que todos somos iguales y que nos debemos tratar con respeto siempre.

“Que se note que somos personas, ¡y no borricos!” —dijo la pequeña, imitando la voz de su maestro.

Y con el traqueteo de las ruedas de la mochila a sus espaldas, ambos desaparecieron por las callejuelas de Tulsa.

\*\*\*

Era de noche. Terence regresaba de dar un concierto con su coro en la ciudad vecina, el cual había sido todo un éxito. Tarareaba despreocupado mientras conducía su furgoneta cuando un tumbó le hizo salir de sus pensamientos. Había pinchado. Tuvo que dar un volantazo para estabilizar el vehículo, y al instante salió a valorar los daños.

- Maldita sea... Y a esta hora... - El hombre sacó su móvil e hizo una llamada.

Acto seguido trató de empujar la furgoneta para apartarla del flujo de la carretera, pero fue inútil; ya se empezaba a formar un atasco a sus espaldas. Los nervios se le estaban crispando. Abrió el maletero para buscar alguna herramienta con la que ayudarse en semejante situación, sin éxito. Exasperado, avanzó unos metros para observar la avenida contigua, esperando avistar la grúa pronto.

Unas luces rojas y blancas atrajeron su atención. Era un coche de policía. Salieron de él dos agentes, que le miraban a una distancia prudencial, a lo lejos de la avenida. El hombre trató de hablar con ellos:

- ¡Ayuda! ¡Acaba de reventar! -decía, señalando el coche.

No obtenía respuesta. Los dos agentes se miraban, y decían cosas que el hombre no llegaba a escuchar. ¿Tanto les costaba acercarse?

Decidió avanzar hacia los agentes. Vio como sacaban sus *walkies* y comunicaban la situación:

- El coche está abandonado en medio de la carretera. Esta vacío — informó la agente de la derecha, sin dejar de mirar fijamente a Terence.

No entendía nada. ¿Por qué no pensaban moverse hacia el lugar del accidente? ¿No veían que solo era un ciudadano en un apuro? ¿Acaso había algo que pudiera advertirles de una amenaza en ese instante...?

Apreto los puños, y su rostro se contrajo en un rictus de ira. “Negrata”, era lo que acababa de escuchar de los labios de la agente. Aquello no estaba dispuesto a aguantarlo. Hizo un aspaviento y dio media vuelta, en pos de regresar a su furgoneta. De repente, las voces de los dos agentes llegaron a sus oídos:

- ¡Para! ¡Las manos arriba!

El hombre los ignoró. La situación le parecía surrealista. Buscó el móvil en el bolsillo del pantalón mientras llegaba a su vehículo, haciendo caso omiso a la multitud que se estaba arremolinando en la calle, hasta que escucho un ruido de pasos a su espalda.

Cuando fue a girarse ya era demasiado tarde.

El otro agente había sacado un *tazer*, y se lo había clavado en el cuello. Los músculos se le contrajeron, todos a la vez. Cayó al suelo con todo su peso. La descarga había sido brutal. El frío asfalto de la noche le había abierto una brecha en la cabeza.

Poco después, aquel infierno de madrugada llegaría a su fin.

La agente Shelby apretó el gatillo. Un solo disparo que resonó implacable en la calle treinta y seis al oeste de la Avenida Lewis. La sangre comenzó a encharcarse, y el barullo escandalizado de los espectadores fue desapareciendo. La luz se estaba esfumando, ya no había farolas, ni sirenas, ni olor a hierro. Ya no había aire que respirar.

Un último pensamiento cruzó la mente de Terence como una centella:

“¿Sabes que las lagartijas pueden soltar su cola?”

Carmen Carreras

